

DE BUENAS LETRAS

Los adioses

ROSAURA ÁLVAREZ

De la Academia de Buenas Letras

Aunque pudiera parecerlo, no me refiero a la sonata para piano de Beethoven, sino a los adioses a la vida, a una forma de vida, los adioses definitivos a las personas amadas. En 1986, en 'Hablo y anochece', escribí: «La vida se me va, se va, lo sé/ porque tanta memoria tengo, tanto/ beso quieto en la sangre o la nostalgia/...» De nuevo los recito con amarga realidad. La semana pasada recibió cristiana sepultura Carmen Ortega Lupiáñez, amiga querida, licenciada en Románicas y última de un grupo al que yo llegué tardíamente, pero me acompañó durante décadas como compañía el rumor del agua o el trino de los pájaros.

Regentaba, junto a su hermano Ernesto, la Librería Continental situada en Puerta Real. Negocio que creó su padre y más tarde heredaron sus sobrinos. Hoy desaparecida, como tantas otras. Quizá fuese el vestigio último de una Granada hecha a medida del corazón, la Granada culta e íntima. Porque la librería era centro de cultura y convivencia humana de primer orden, esa Granada perdida a favor del visitante, cuyos espacios ocupan hoy bares de tapas o tiendas de souvenirs. Por Continental desfilaron figuras eminentes de las Letras y Ciencias que no solo compraban libros sino que eran tertulianos habituales con los amigos allí citados y los propios

libreros. Recuerdo la banqueta que Carmelina tenía preparada para el descanso de Elena Martín Vivaldi cuando a diario iba para comprar sus periódicos.

Figuras habituales eran Orozco, Andrés Sorria, Nicolás Marín, Gutiérrez Padial, Rafael Guillén, Ladrón de Guevara, Gerardo Rosales, Lolita Ibarra, Ricardo Villa-Real, Miguel Sánchez, Juan-Alfonso, José Espada, Asunción Linares, el cardiólogo Antonio Azpitarte, el oftalmólogo Julio Moreno..., de este sé por su hijo Luis –amigo recientemente fallecido y a veces compañero de visitas a Carmelina en la Residencia– que D. Julio y sus doce hijos frecuentaban la Continental como casa propia, pues vivían junto a esta. Contaban Carmelina y Luis que siendo éste niño, terminado el colegio, se iba a la librería y sin decir nada seleccionaba un tebeo que leía luego sentado en su rincón.

La venta de la librería fue traumática para la familia, de forma singular para esta licenciada que había dedicado toda su vida a vender libros y, en prolongada etapa, excelentes discos de música clásica –vinilos de los que yo solía hacer acopio–. Hoy hago duelo no solo por el adiós a la amiga querida, también por esa Granada donde el granadino era lo más importante de su ciudad.